



Zülfü Livaneli

A lomos del tigre

Traducción del turco de Rafael Carpintero



Galaxia Gutenberg

ZÜLFÜ LIVANELI

A lomos del tigre

Tiranía y libertad

Traducción de Rafael Carpintero

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros).

Título de la edición original: *Kaplanin sirtinda*
Traducción del turco: Rafael Carpintero Ortega

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2024

© Zülfü Livaneli, 2024
© de la traducción: Rafael Carpintero, 2024
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: Gama, SL
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 9955-2024
ISBN: 978-84-10107-58-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Aunque, como es natural, me disguste la expresión «paranoia imperial», por desgracia me veo obligado a aceptarla porque no espero que los historiadores escriban odas elogiosas sobre mi padre.

PRÍNCIPE ABID EFENDI,
HIJO DE ABDÜLHAMID II

En cuanto nací me montaron a lomos del tigre –piensa–, es el destino de los príncipes, crecer a lomos del tigre; la sensación de plenitud, de privilegio, de superioridad, de ser un dios que da esa demostración de fuerza y poder que deslumbra a todo el mundo al dominar una criatura tan extraordinaria como el tigre, al sentir entre las piernas el inquieto agitarse de los músculos de acero del depredador, de ser el dueño de esa máquina asesina de mirada cruel a la que todos temen; pero por otro lado, el miedo. Sí, el miedo. Un escalofrío helado que a veces te hace temblar de arriba abajo como si por tu espalda se deslizara una húmeda serpiente.

La mayoría de los príncipes nacen condenados a morir –piensa–. ¿No han sido estrangulados en nuestra familia dieciocho niños recién nacidos junto a sus hermanos mayores mientras aún tenían la leche de su madre en los labios? ¿No rodeó el cordón de seda el cuello de cientos de príncipes que pudieron llegar a ser sultanes? Y a los que se les permitía vivir, ¿no los encerraron en una jaula dorada y se pasaron años pronunciando la profesión de fe en cuanto oían los pasos de quienquiera que se acercara pensando que era el verdugo? ¿No se volvieron locos la mayoría por eso? –piensa, mientras trata de no recordar a sus hermanos, a quienes él mismo encarceló durante años.

Este es el mundo de «O jefe de Estado o pasto de gusanos». Mientras estás a lomos del tigre dominas ese enorme poder ante el que todos se doblegan, eres poderoso, te sientes satisfe-

cho; sin embargo, en el instante en que desmontas, ese mismo tigre te destroza como a una pobre gacela que hubiera caído en sus garras, sin dudarlo un instante. La única condición para vivir con el tigre es la de dominarlo; o eres su señor o eres su presa.

No es algo que yo haya elegido –piensa–, todos venimos al mundo en una familia que no hemos escogido, con un destino que no hemos escogido; y en la nuestra nos toca nacer a lomos del tigre. No puedes cambiar tu destino.

PRIMERA PARTE

28 de abril de 1909
Primera noche en el destierro de Salónica
– Helado a medianoche – La paranoia imperial
– *La traviata*

Abdülhamid II, trigésimo cuarto sultán otomano y califa de la comunidad musulmana, se incorporó esa noche oscura apoyando en el suelo la mano derecha y, mientras buscaba con la izquierda cualquier cosa a la que agarrarse, tocó algo blando. Trató de levantarse apoyándose en eso. Le dolían los brazos, las piernas y la cadera. Cuando se incorporó lo suficiente sacó el mechero del bolsillo de su chaqueta y lo encendió; la llama alumbró parte de la lóbrega habitación, pero lo que iluminó no hizo sino aumentar el temblor de su corazón. Primero miró a lo que se estaba agarrando. Era un enorme sillón de un color oscuro que no se distinguía bien en la negrura, parecía tapizado de terciopelo y frente a él habían colocado otro, la pareja. Los habían juntado no por el respaldo, sino por el asiento. En ese momento el sultán lo recordó todo, como si le hubiera caído encima un rayo repentino que lo hubiera recorrido de la cabeza a los pies haciendo temblar su anciano cuerpo. No estaba en su palacio de Estambul, la ciudad en la que se despertaba cada mañana desde hacía treinta y tres años, sino muy lejos de allí. Estaba en Salónica, encerrado en una habitación de un palacete. Levantó el mechero y miró a su alrededor; según movía el brazo la débil luz iba lamiendo los adornos del alto techo, los cristales de las ventanas con los postigos cerrados, la tarima marrón y los dos sillones.

Un malestar indescriptible se apoderó del sultán. Se encontraba solo y desamparado en aquel cuarto extraño. Sus hijas, sus hijos, sus esposas, sus criados debían de haberse acostado sobre la tarima en otras habitaciones de aquel palacete completamente vacío. Unos soldados los habían llevado hasta allí y, después de marcharse cerrando tras ellos la enorme puerta de dos hojas, los habían dejado en un inmenso salón vacío en el que solo había una mesa de comedor. Se sentaron en el suelo con la cabeza inclinada, avergonzados incluso de mirarse. Poco después su hija mayor vio los dos sillones olvidados en un rincón. Eran inmensos y estaban tapizados con terciopelo verde oscuro. Los criados, con la ayuda de sus hijas, los llevaron a la habitación de la izquierda, los juntaron y le dijeron: «Majestad, descanse aquí esta noche y mañana será otro día. Sus soldados no le dejarían así, probablemente no hayan tenido tiempo de preparar nada». Justo en ese momento oyeron que se abría la puerta del gigantesco palacete de tres pisos y, a la luz del farol que portaban unos soldados, vieron que entraba un oficial. Fue una entrada de severidad militar, y el anciano sultán, que toda su vida había temido que lo asesinaran, sintió los nervios de punta. El sonido de las botas levantaba ecos en el vacío del palacete, el farol reflejaba sus sombras en las paredes alargándolas y las miradas hoscas que les dirigían los soldados, a él y a su familia sentada en el suelo, a pesar de la expresión relativamente civilizada del oficial, anunciaban que había llegado su última hora. Puede que los fusilaran a todos allí mismo; puede que, como todo lo demás, la costumbre de no verter la sangre de los miembros de la dinastía fuera cosa del pasado. Se dio cuenta de que sus hijos se ponían al frente, como queriendo protegerle. Las esposas, las tres hijas y el hijo mayor hacían de escudo de su padre. El oficial debió de entender lo que pasaba porque dijo:

—Señor, les hemos traído agua y comida.

Los soldados que iban tras él dejaron la enorme bandeja sobre la mesa de comedor, que en medio del salón parecía una escultura a la soledad.

–Disculpen –continuó el oficial–, ha sido una llegada muy repentina y no hemos podido preparar el pabellón. Aquí vivía Robillon Bajá, le ordenaron que lo dejara y se marchó llevándose todo. Dios mediante, mañana podremos proveerles de camas de los hoteles y de todo lo demás.

El oficial parecía lamentar la situación en la que había caído la familia imperial, pero los soldados continuaban con sus miradas hostiles.

–¡Muchas gracias, señor oficial! –contestó el sultán–. Que Dios se lo pague. ¿Cómo se llamaba?

–Ali Fethi, señor. Vengo de Estambul. Están ustedes a mi cargo. Me dicen que la comida la han mandado preparar en Pastaciyan, el mejor restaurante de Salónica –dijo el oficial.

Y ojalá no lo hubiera dicho, porque en cuanto oyó mencionar la comida y su preparación el sultán recayó en sus temores, en aquella famosa «paranoia imperial». Se le vino una idea a la mente: «Así que piensan envenenarnos». No podía comer aquello, pero le era imposible rechazarlo. Tenía que encontrar una solución enseguida.

–Señor oficial, por desgracia tengo mal de estómago –dijo–. No puedo comer esto. Si es posible, me gustaría tomar algo de yogur y agua mineral.

El rostro moreno del oficial mostró su sorpresa, pero accedió a la petición del sultán y ordenó que le trajeran lo que deseaba.

Fue todo uno que los soldados salieran en tropel y regresaran. El sultán miró con suspicacia el cuenco de yogur y la botella de agua mineral todavía sin abrir, pero lo más probable es que no les hubiera dado tiempo a envenenarlos tan rápido. Además, el oficial inspiraba confianza. Les dio las gracias. Al salir, el oficial acarició la cabeza del más pequeño de sus hijos y susurró algo. Más tarde, el ama Zülfet, que era quien estaba más cerca de ellos, le contaría que había dicho: «Pobre criatura», lo que aumentó la cercanía y la confianza que el sultán había sentido por el oficial en el rato que había estado con su familia.

Cuando los soldados cerraron la puerta tras ellos, los hambrientos niños echaron a correr hacia la bandeja y empezaron a levantar una por una las tapas de los platos. Por desgracia, sufrieron una gran decepción. La mayor parte de los platos estaban vacíos; en los otros solo encontraron un poco de yogur, algunas rebanadas de pan y –oh, sorpresa– abundancia de helado de nata. ¿De qué cabeza habría salido la insensatez de ofrecer helado a esas horas a la familia del sultán, a la que habían sacado de palacio y montado en un tren desde Estambul el día anterior y que llevaba horas famélica? Estaba claro que el oficial de rostro honesto no tenía la menor noticia de aquello porque había respondido al agradecimiento del sultán inclinándose en un saludo sumamente amable, sin demostrar la menor falta de respeto. Pero no todos en el ejército eran amigos suyos. Los mandos revolucionarios, unionistas, afrancesados, odiaban al sultán, en quien veían la causa de todos los males. En su propio ejército quizá tenía más enemigos que amigos. En caso contrario, ¿cómo era posible que los mismos que habían entrado en la ciudad con la intención de sofocar una revuelta lo despojaran del trono y lo enviaran a Salónica de tan malos modos cuando él estaba tan tranquilo en su palacio?

Los niños habían mojado algo de pan en el yogur y se dirigían hacia el helado cuando el sultán les gritó:

–¡Quietos! ¡Que no se os ocurra comer ese helado!

Evidentemente, el veneno estaba en ese helado de nata que habían traído en abundancia. Si no, ¿qué sentido tenía que les sirvieran algo tan absurdo? Los miembros de la familia, reunidos alrededor de la mesa, se detuvieron desconcertados y apartaron las manos, pero de repente el sultán se dio cuenta de que su hijo mayor le estaba mirando con restos de helado blanco en la boca. «Ay, Dios –se dijo–, me he quedado sin hijo, me he quedado sin heredero.» El niño se había asustado, pero a nadie se le había pasado por la cabeza que pudiera estar envenenado. Había algo extraño: habían traído la bandeja, pero no tenedores, cucharas ni cuchillos. No tenían nada que pudieran

usar para comer. Por eso el príncipe había metido los dedos en el helado. Como los demás, creía que su padre se había enfadado y les había gritado que se estuvieran quietos por ese motivo. Al fin y al cabo, eran niños bien educados, que se habían criado en palacio, que habían aprendido todo tipo de normas de buena educación y etiqueta, que habían recibido de profesores particulares lecciones de piano, canto, francés e italiano. ¿De dónde había salido esa costumbre de comerse el helado a puñados?

El sultán los observó uno por uno y decidió quedarse en silencio. De cualquier forma, su hijo ya se había comido el helado y pasaría lo que tuviera que pasar. No tenía sentido asustarlo, era evidente que se estaba angustiando sin motivo. En silencio se retiró al cuarto que le habían preparado llevándose el cuenco de yogur y la botella verde de agua mineral sin abrir. Se detuvo al llegar a la puerta y dijo a su familia y criados:

—Que descanséis. El Señor es quien todo lo sabe. Él vela por nosotros y nos protege. Hasta mañana, si Dios quiere.

Aquella treintena de hombres, mujeres y niños le desearon las buenas noches muy educadamente a su majestad y, tan pronto como cerró la puerta, empezaron a comer el helado con los dedos, primero los miembros de la familia y luego, cuando ellos terminaron, los criados.

El sultán sacó del bolsillo el cortaplumas del que nunca se separaba y con él comió un poco de yogur y luego, de nuevo con ayuda de la navaja, abrió la botella de agua mineral y sació la sed; luego se acurrucó en aquellos dos sillones que habían juntado. De hecho, también en palacio se echaba en sofás de distintas habitaciones después de comer, sobre todo de día; se sentía incómodo en la cama y a veces hasta se acostaba en el suelo. Le había sobrecogido ver que los niños, por muy buena educación que hubieran recibido, metían las manos en el helado. Ni el gato de Angora, blanco como la nieve, que no se apartaba de sus piernas en palacio, comía nada que no le ofrecieran con un tenedor. Así de noble y bien educada era

aquella criatura. De todas maneras, había visto tanto en la vida que sabía que el hambre podría obligarte a hacer cualquier cosa. En las interminables guerras los hombres llegaban a comerse las abarcas. Pero él había cuidado bien de sus tropas y había tenido especial empeño en que no se quedaran sin sus raciones.

—Que el Todopoderoso no castigue a nadie con el hambre —murmuró.

Odiaba la guerra y, a pesar de ello, se encontró con una devastadora contienda con los rusos tan pronto como ascendió al trono. Aunque no se lo confesara a nadie, después de la destrucción que les había dejado aquella guerra con los rusos que, si el término es el correcto, había arrasado tanto al ejército otomano como al país, el sultán a veces pensaba que el imperio se desmoronaría para no recuperarse nunca más y que estaba a punto de dar su último aliento. Él había conseguido retrasar ese momento con sus maniobras políticas. «Soy un político —pensó—, no un militar. ¿Qué necesidad había de guerras? Ojalá no nos hubiéramos metido en ella. Me convencieron de que el ejército estaba en muy buena forma, pero no era así. Ojalá hubiera podido entrevistarme con el zar, no habríamos entrado en guerra, todo se resuelve con la política.»

Tenía muchas facetas de las que se enorgullecía, pero aquella era de la que más. Siempre había seguido el principio de la paz con los rusos, los ingleses, los franceses, los austríacos, y había resuelto los problemas. En el interior del país habían estallado algunos disturbios, pero ¿acaso era fácil gobernar tantos pueblos distintos? De nuevo le vino a la mente su noble gato, que se negaba a comer si no se lo daban con tenedor aunque estuviera hambriento. También a él lo echaba de menos, y a aquel loro tan inteligente como ningún otro, y al perro que se hacía querer a pesar de todo. Se enorgullecía de que aquellos tres seres, bajo su supervisión, vivieran juntos, y siempre los mostraba como ejemplo. «Miren —decía—, si pueden vivir juntos hasta estos animales, que por naturaleza tendrían

que descuartizarse entre ellos, ¿por qué no lo van a hacer los seres humanos?» Si, contradiciendo su instinto, el gato no atacaba al loro y el perro no atacaba al gato, de aquello se podían extraer muchas lecciones. Para conseguirlo el soberano debía establecer un orden. Al fin y al cabo, el monarca era un padre y aquel pueblo tan diverso, sus hijos. De la misma manera que un buen padre asegura el equilibrio y la justicia entre sus hijos, también él había conseguido que durante treinta años vivieran en equilibrio musulmanes, ortodoxos, judíos y católicos.

El sultán reflexionaba de aquella manera a menudo, le gustaba repasar sus virtudes –quizá porque no quedaba nadie que las recordara bien– y complacerse con ellas. No obstante, en ese momento una idea imprecisa le daba vueltas en el fondo de la mente zumbando como un mosquito, lo ponía nervioso y proyectaba una sombra sobre esa sensación de estar sumamente satisfecho consigo mismo en la que estaba a punto de sumirse. ¿Qué era? Mientras retrocedía en sus pensamientos uno por uno llegó a la expresión «padre e hijos» y de repente se acordó: «¿Cómo estarán los que se han comido el helado?». Teniendo en cuenta que no le habían llegado gritos ni lamentos, eso significaba que no había ningún problema. Dio las gracias a Dios: «Alabado sea». Volvió a recostarse en los dos sillones juntos. Las contraventanas, cerradas por fuera, extendían una sensación de seguridad en su interior. De hecho, si le trajeran de palacio sus herramientas, él mismo las cerraría también por dentro ya que era muy mañoso: cuántos muebles, armarios y librerías había confeccionado con sus hábiles manos colocando en ellos compartimentos secretos, cuántos baúles había construido con trampas y claves que nadie era capaz de vencer. Ciertamente, los que lo habían destronado le habían asegurado que su vida no corría peligro, pero ¿cómo se podía confiar en aquellos mentirosos? Quizá el motivo de que lo hubieran traído tan lejos, a Salónica, era porque temían que el pueblo reaccionara si lo asesinaban en Estambul. Sin embargo, si mataban

al sultán en un rincón apartado de Salónica –especialmente si lo mantenían en secreto– nadie se alzaría e incluso quienes oyeran la noticia la descartarían creyendo que se trataba de un rumor. A medida que lo pensaba, más razonable le parecía aquella lógica funesta. Sí, los habían traído hasta aquí a él y a su familia para matarlos. ¿No habría sido más fácil instalarlos en el palacio de Çırağan, tan cerca de la corte y tan reluciente con las aguas del Bósforo? ¿No había retenido él tantos años en ese palacio a su hermano Murad, a quien había depuesto? Murad tenía prohibido salir, pero no le importaba. Y él mismo llevaba años sin salir del palacio. ¿Qué podía haber más inteligente que construirse una magnífica y cómoda prisión en aquellos tiempos de tumultos y atentados? Igual habría podido pasarse la vida en el palacio de Çırağan. Y, no obstante, tanto a él como a su familia los habían subido a empellones a un tren especial y los habían mandado a Salónica. La ciudad era propiedad suya, pertenecía a su dinastía. Pero, de todas formas, no era Estambul, por supuesto.

Según iba reflexionando en todo aquello, la paranoia imperial de Abdülhamid reaparecía. Ya no le quedaba la menor duda de que lo habían traído aquí para asesinarlo. No faltaría mucho para que entraran y le echaran al cuello una cuerda. El miedo hacía que le temblaran las manos y le secaba la boca. Se levantó, encontró a tientas la botella, que había dejado junto a los sillones, bebió un trago de agua mineral y luego encendió el mechero y paseó la mirada por la habitación. Fue hasta la puerta para escuchar, pero no llegaba ningún sonido de fuera. ¿Habrían matado a su familia antes que a él? Iba hasta una ventana para prestar atención al exterior y luego volvía a la puerta. Escuchando tras los postigos le pareció oír voces y ruido de pasos provenientes del jardín. Debían de ser los soldados que montaban guardia y que lo recorrían de lado a lado, pero ¿y si no lo eran? «La puerta –pensó con el palpitar del corazón zumbándole en los oídos–, la puerta es el lugar más peligroso.» Arrastró uno de los sillones hasta ella. Como tenía que usar las dos

manos para hacerlo, se vio obligado a apagar el mechero. Tratando de no hacer ruido, a oscuras, llevó lentamente el sillón hasta la puerta y consiguió atrancarla con él. Luego, tirando del segundo sillón con dificultad, lo juntó a tuestas al otro.

Se había quedado sin aliento; de haber tenido consigo su bolsa de medicamentos le habría venido bien aspirar unas sales, pero no tenía nada, ni siquiera la colonia Atkinson de la que nunca se separaba. Solo disponía de la bolsa amarilla que su hija había conseguido traer de palacio y que, en el último instante, cuando subía al coche, le había puesto en las manos mientras le decía «Papá, es tu bolsa del agua» sin que la pobre supiera lo que contenía. En realidad, en la bolsa había cosas incomparablemente más valiosas que el agua, pero ahora mismo ninguna le era de utilidad. Oro, rubíes, joyas, cada una de las cuales era un tesoro en sí misma, brillantes traídos de la India y de África que deslumbraban y dejaban sin habla... Nada de aquello podía ayudarle. Había sido un milagro que la pobre niña hubiera podido salvar en el último instante aquella bolsa de las manos de la pandilla de bandidos que había invadido el palacio.

Cuando su hija le alargó la bolsa amarilla le habría gustado besarla en la frente, pero no habría estado bien semejante demostración de afecto en medio de tanta gente porque entonces tratarían de investigar qué contenía la bolsa —«Dios nos libre»—. De hecho, por muy bruscamente que lo sacaran de palacio, él no era hombre que se marchara sin llevar consigo una pequeña fortuna que permitiera a la familia subsistir. Por eso había cogido de su habitación otra bolsa que contenía todo tipo de joyas, oro y dinero, pero cuando subía al coche uno de sus hombres, con el pretexto de ayudarle, se la arrebató de las manos y luego desapareció. El sultán lamentaba aquel hecho que tanto le había dolido y que, al mismo tiempo, demostraba cuánta razón tenía en sus sospechas de que se hallaba rodeado de traidores en su propio palacio por mucho que la tacharan de paranoia imperial. A nadie le había extrañado que la bolsa del

agua estuviera cerrada porque todos sabían que el monarca solo bebía agua de botellas selladas que guardaba en una bolsa cerrada con candado para prevenir cualquier intento de envenenamiento; que, de hecho, no tomaba nada, ni siquiera medicamentos, de botellas y frascos abiertos. En la prensa extranjera se había topado a menudo con la expresión «paranoia imperial», e incluso en varias ocasiones había sido testigo de cómo aquella expresión se susurraba en palacio, pero nunca se había enfadado porque si hubieran dicho simplemente paranoia habría sido un error, pero paranoia imperial era correcto. En esa época ¿qué podía ser más natural que un emperador sintiera preocupación por su vida? Era la prensa francesa la que lo había llamado «*paranoïa impériale*». «*Paranoïa impériale*, menuda forma de decirlo –pensó. En realidad, le habría gustado hacerles una serie de preguntas–: ¿Tienen ustedes abuelos que hayan sido asesinados mientras detentaban el trono? ¿Sus hermanos han perdido la cabeza? ¿Han sufrido atentados con bombas de los que se han salvado porque se retrasaron un minuto en subir al coche? ¿Reciben cada día decenas de amenazas de muerte? ¿Han asesinado a su tío cortándole las venas para que pareciera un suicidio? Esas son las realidades de mi vida. Miren lo que les ocurre a reyes y sahs. Al zar Alejandro de Rusia lo fusilaron. ¿Qué *paranoïa impériale* es esa que siempre tiene razón? En estos días no hay cabeza de monarca que esté segura sobre sus hombros.»

Por ese motivo se había mandado construir una especie de prisión de altos muros en una colina y había abandonado aquellos mágicos palacios que las aguas del Bósforo cambiaban de color a cada rato, del azul al verde y por la tarde del púrpura al morado, por los que pasaban como flechas las pardelas y en cuyos capiteles de pórfido se posaban las gaviotas. En el interior de su nuevo palacio ordenó que hubiera estanques, todo tipo de animales, plantas raras, pabellones e incluso una sala de ópera que convirtió en funcionarios de palacio a artistas italianos y durante largos años vivió allí sin salir ex-

cepto para la oración de los viernes; reinó nombrando a sus hombres de más confianza incluso para puestos como el de jefe de cafeteros, que le llevaba el café –aunque, por si acaso, lo tomaba en dos tazas distintas–, bebiendo agua de botellas selladas, extrayéndose él mismo la muela que le dolía para que nadie le tocara la boca, y trajo a médicos de Europa para contrastar las conclusiones de sus propios médicos, estudiando fotografías de las ciudades del imperio en cambio permanente, empezando por Estambul, montando en hidropedales en los estanques del palacio, pasando el rato entre pavos reales, papagayos, jilgueros de hermoso canto, con las gacelas del bosque y con sus hijos y esposas, la mayoría de ellas procedentes del Cáucaso; pero sin dejar de jugar a la política internacional como si fuera un tablero de ajedrez. Gracias a eso había podido superar intentos de golpe de Estado contra su sultanato, atentados y sangrientos alzamientos. Y también gracias a la red de delatores que continuamente enviaban informes desde todos los rincones del imperio, desde el Adriático al golfo de Basora, desde el Cáucaso a África.

Sí, sí, les habían traído a él y a su familia a Salónica para poder matarlos en un lugar apartado de todas las miradas. Ahora estaba seguro. Salónica era una ciudad en la que abundaban los opositores, que hervía de oficiales revolucionarios, en la que se propagaban las ideas anarquistas que se habían apoderado de Europa después de la Gran Revolución Francesa. A los de allí no les importaría demasiado que asesinaran al sultán, incluso se alegrarían. En efecto, ¿no había llegado a Estambul desde Salónica el «Ejército de Intervención» que lo había destronado? ¡Qué curiosos los designios de la fortuna! Los revolucionarios habían partido de esta ciudad y se habían instalado en Estambul y a él lo habían despachado al lugar de donde venían, a esa ciudad que apestaba a revolución. ¡Qué extraño sino! Ni siquiera el nombre era auspicioso. ¿Qué relación podía tener con los otomanos el nombre de la hermana de Alejandro Magno? Ojalá le hubieran cambiado el nombre

cuando la conquistaron hacía cientos de años, pero tampoco a él se le había ocurrido hacerlo mientras gobernaba. La princesa que le daba nombre a la ciudad, o sea, la hija de Filipo, primero llegó a ser reina y luego la mataron, como a sus dos hermanas. Como ella, también él había sido un niño desdichado que perdió demasiado pronto a su madre y quedó en manos de una madrastra. Según iba pensando se le venían a la cabeza los raros libros de historia que había leído en la biblioteca de palacio y creía con más fuerza que la pobre Tesalónica y él compartían el mismo destino. Su padre, Filipo de Macedonia, le puso un nombre compuesto por las palabras «Tesalia» y «victoria» porque nació el mismo día en que venció a los tesalios. ¿No había sido suya Tesalia hasta hacía poco? Todo eran parecidos y Salónica era una ciudad queapestaba a sangre, a cuya historia ahora se añadiría que allí habían matado al emperador otomano.

Prestaba atención al exterior temiendo hasta respirar. Más allá de la puerta no había nadie. Todos se habrían retirado a distintas habitaciones, probablemente. ¡Pobres sultanas y príncipes, debían de haberse acostado en el duro suelo! No se oía un ruido.

De repente se produjo un milagro. Primero llegó a sus oídos una tímida melodía del teclado de un piano no muy afinado; luego una voz joven y brillante como el cristal de roca comenzó a cantar un aria. Era la voz de Ayşe Sultana, su hija menor, que cantaba, para que su padre la oyera, su aria preferida de *La traviata*, como si fuera un chal de seda que ondeara en la desolación de aquel oscuro palacete.

Sí, descúbrela, descúbrela en el nuevo día...

Al día siguiente sabría que, tocando aquel piano que de momento habían dejado en el piso superior posiblemente porque era difícil de transportar, había querido decirle: «Papá, estoy a tu lado, no tienes nada de qué preocuparte».

Sin poder impedir que las lágrimas le cayeran de los ojos, el soberano escuchó aquella aria de *La traviata* cantada en el entorno más extraño del mundo y, por un breve momento, la paranoia imperial se aligeró como la niebla cuando se dispersa lentamente al levantarse el sol en el Bósforo. Su cuerpo, añoso y agotado, vencido por tan grandes emociones y por el viaje, se fue sumergiendo en un sueño inquieto con esa nana que la hija le cantaba a su padre.